

MIRET MAGDALENA

EL II SÍNODO DE OBISPOS

El día 11 comenzó la reunión internacional de Obispos de todo el mundo, en Roma, convocada por Pablo VI.

Es la segunda vez en la historia del post-concilio que representantes eclesiológicos de todas las naciones tratan oficialmente de los problemas del momento en la Iglesia.

De ese momento en que la juventud repele el autoritarismo, llegando incluso a poner en duda en el plano religioso el modo como hasta ahora se había ejercido la autoridad en la Iglesia, sobre todo durante los cuatro últimos siglos. Ya no queremos ser mandados como simples corderos o como autómatas ciegos. Deseamos cooperar y participar en ese ejercicio de la autoridad: esa es la tónica del momento.

Cada vez nos importa también menos una discusión jurídica del alcance de la autoridad religiosa; lo que deseamos es que aquellos que mandan se dirijan a nosotros como «servidores» de la comunidad de los creyentes y no como «señores» de la misma.

Los bizantinismos teológicos o canónicos hacen ya poco efecto; lo que se quiere es un sentido de la convivencia, de la colaboración y de esa «mayoría de edad» que desde Pío XII para acá se nos está repitiendo constantemente a los fieles, seglares o clérigos.

De ahí que lo más importante de este Sínodo de Obispos no sea tanto lo que se decida oficial y jurídicamente, sino el clima que se está produciendo en los altos mandos de la Iglesia, de diálogo y co-responsabilidad en la marcha doctrinal o pastoral de la Iglesia entre ellos y los simples creyentes.

Por eso no es extraño que durante las semanas que precedieron a esta reunión eclesiológica la Prensa de todo el mundo se hizo poco eco de ella. Incluso los católicos, salvo excepciones, estaban poco interesados en las noticias que venían de Roma. La previa reunión de los teólogos que componían la Comisión Teológica Internacional —elegida por la Santa Sede con carácter oficial— pasó sin pena ni gloria. Y no se puede alegar el silencio obligatorio de que se rodearon sus trabajos, porque al principio del Concilio Vaticano II existió una prohibición semejante, y, sin embargo, todo el mundo nos enteramos de lo que se hablaba y discutía en el aula conciliar.

Sin embargo, ha habido un viraje a partir del momento en que se reunieron los 147 delegados episcopales en Roma. El interés por la discusión, viva y ausente de academicismos, que ha caracterizado esta Asamblea ha sido manifiesto.

El Cardenal Marty, Arzobispo de París, había prometido a los franceses que el Sínodo de Roma no sería una reunión académica, y los prelados de los 93 países allí presentes lo han cumplido.

La Asamblea está compuesta, según he dicho, de 147 Obispos, de los cuales 93 son presidentes de las Conferencias Episcopales de otras tantas naciones, y a éstos se añaden 17 Obispos elegidos personalmente por el Papa y 19 Cardenales que son cabeza de diferentes departamentos —dicasterios es su nombre técnico— de la Curia Romana. El país que cuenta con mayor número de prelados presentes en él es Italia, como ocurre en todo lo eclesiológico desde hace siglos. Después siguen en número América del Norte y Francia. Posteriormente están Alemania, España y Holanda, que tienen tres miembros oficialmente representativos: Monseñor Enrique y Tarancón, Cardenal Primado de Toledo; Doctor Casimiro Morcillo, Arzobispo de Madrid-Alcalá; y el Padre Arrupe, que, como todo el mundo sabe, no es Obispo, pero tiene presencia oficial en el Sínodo representando a todos los superiores de Ordenes religiosos. Monseñor Guerra Campos, que también está en él, actúa sólo como uno de los secretarios del Sínodo.

Nadie sabemos la duración exacta de esta reunión, puesto que cabe una probable prolongación, dado el interés que ha suscitado a última hora el diverso planteamiento de los Obispos allí presentes.

El tema fundamental que se trata es el de la «colegialidad», palabra que suena a la gente un poco extrañamente, pero que recoge lo más importante de la crisis de autoridad existente hoy día a todos los niveles y en particular en las Iglesias. Sentido orientado ya por el significado de esta palabra cuando se analiza, porque valora de una manera nueva y más profunda todo lo que es colaboración y participación en vez de hacer como antes, que casi se valoraba solamente el poder que fuese absoluto en lo religioso.

El Concilio Vaticano I dejó a medias la doctrina de la Iglesia católica sobre la autoridad. La guerra franco-prusiana cortó los

trabajos de los Obispos reunidos en Roma en la segunda mitad del siglo pasado, y así pareció, por los textos aprobados, que no había más autoridad fundamental en la Iglesia que la del Pontífice romano.

No obstante, los Obispos alemanes pidieron a Pío IX que refrendase el documento en donde aclaraban que los Obispos no eran meros peones de juego en manos del Papa. Y el «anti-liberal» Pío IX accedió gustoso a esta aclaración, aprobando el primer documento «colegial», redactado por estos prelados germanos.

El Vaticano II, tras muchas vacilaciones de Pablo VI y discusiones de los Padres conciliares, aprobó esta idea de la «colegialidad», pero en forma abstracta, que, aunque fue un paso adelante, resultó demasiado indeciso.

Por eso ahora, tras cuatro años de terminar uno de los más importantes Concilios de la Iglesia, como fue el Vaticano II, se hace necesaria la clarificación de esta necesaria co-responsabilidad, en la marcha y orientación de la misma, de todos los que componemos la Iglesia.

Antes del Sínodo se habían enfrentado dos Cardenales, que hasta hace unos años nadie hubiera sospechado que pudieran divergir: el Cardenal Suenens, Arzobispo de Malinas, y el Cardenal Daniélou, antiguo jesuita y teólogo conocido por sus estudios de los pensadores de los primeros siglos cristianos.

Daniélou, el avanzado en 1951, hace hoy figura de conservador casi integrista. Y Suenens, el prelado autocrático en su gobierno diocesano hasta hace bien poco, se muestra abierto a una profunda y necesaria colaboración de los Obispos con el Papa, y de los creyentes con la autoridad eclesiológica.

Sin embargo, lo que en la Prensa fue enfrentamiento sensacionalista entre estos dos Cardenales, en el Sínodo ha sido diálogo respetuoso, que, ciertamente, resulta más de admirar en un momento en que no siempre el propio Daniélou supo tener serenidad ante la crisis que existe en la Iglesia católica y en la conciencia de muchos creyentes.

Este es el primer dato a retener de las cinco cosas reseñables que han ocurrido en estos días durante el Sínodo.

El segundo son los discursos del Papa, serenos y aceptando claramente la «co-responsabilidad» como idea base de la estructura que hemos de adoptar en el futuro para la marcha de la Iglesia. Incluso se aprecia el gran paso dado por el Pontífice de estar en desacuerdo con integristas y progresistas; los unos, queriendo para la Iglesia la estructura de una monarquía absoluta, y los otros, una gran democracia parlamentaria con partidos eclesiológicos. Y no es porque Pablo VI quiera quedarse a mitad de camino entre ambos, sino porque aclara —con sus palabras— algo muy importante, y no siempre recordado por unos y por otros: que la Iglesia está más allá de las estructuras humanas de la sociedad, porque la verdadera estructura de base en la Iglesia es el amor, y no una ordenación jurídica, lo mismo sea democrática que dictatorial.

Los otros tres hechos ocurridos en estos días son: la Asamblea de 200 sacerdotes, que unos llaman «solidarios» y otros «contestarios»; la Reunión sacerdotal promovida principalmente por algunos clérigos y religiosos españoles de carácter conservador, y la recepción de los cosmonautas por el Sínodo de Obispos.

La primera reunión —la de los sacerdotes solidarios— ha sido mucho más moderada de lo que esperaban casi todos; e incluso el documento enviado por ellos a Pablo VI tiene un tono no sólo moderado, sino a veces participa todavía de un lenguaje eclesiológico que parecía superado ya, lo cual ha servido —no hay mal que por bien no venga— para suavizar tensiones. La contrasamblea de los sacerdotes conservadores ha sido, en cambio, un fracaso, según cuentan muchos corresponsales de prensa en Roma: su actitud ha resultado tan desmedida y alarmista que apenas se les ha podido tomar en serio.

Por último, la presencia de los cosmonautas americanos ha sido un detalle que a muchos nos ha sorprendido. Quizá la intención ha sido la de querer dar los Obispos un testimonio de comprensión de nuestra civilización, técnicamente superdesarrollada, pero a muchos nos ha parecido que carecía de mesura y proporción este acto un poco espectacular, cuando los problemas humano-religiosos que se estaban debatiendo en Roma y que escapan a esa dimensión.

Todo esto es lo que un hombre de la calle puede retener de la embrollada situación en que se encuentra hoy la estructura humana de la Iglesia, que procuraré clarificar en mi siguiente artículo.